



COMENTARIOS DE TRES PINTORES EN RENTERIA

sugeridos por Anthon OBESO

Tarros con pinceles; lienzos en blanco, apenas comenzados; otros, preparados; un tubo vacío tirado en un rincón; una espátula olvidada en una paleta en que las pinturas se secaron; los grandes frascos de aceite o de barniz. Y sobre los materiales y los instrumentos, comunicándoles la palpitation conmovida del milagro humano—alegres señales de una liberación ansiosamente deseada—, la mano del hombre. La mano del hombre aceptando el desafío de la propia vida, luchando, dominando, produciendo riqueza. La mano del hombre creando.

(De «Introducción a la pintura», de Mario Dionisio.)



LUIS BUSSELE: A la búsqueda de lo insólito.

Este invierno pasado Luis ha pintado un cuadro que lo ha titulado «Sinfonía de color sobre fondo de tristeza». Luego ha pintado «El payaso», y después otro más.

Pero antes de todo esto, Luis, y desde que empezó, allá en los años mozos, pintó, sobre todo, paisaje. Obras en las que, en muchas de ellas, la Peña de Aya era el motivo principal o parte de gran relieve.

La Peña de Aya ha influido en mí mucho desde mi niñez, porque yo dormía en una habitación desde donde veía la Peña desde el amanecer. Y me ha gustado siempre el paisaje de Oyarzun. Gusto, este, que se incrementó a raíz de conocer al estupendo pintor que fue Valverde, y que, por cierto, utilizaba el pseudónimo de «Ayalde» (junto a la Peña). Por todo esto es por lo que creo que la Peña de Aya ha sido como un símbolo para mí.

Es innegable la atracción que ha supuesto en muchos pintores, por la cantidad de obras en que está representada, la peculiar silueta de la Peña de Aya y la extraña y variada gama de reflejos que puede observarse, según incidan los rayos del sol durante el día, o en las diversas estaciones del año. Luis no podía sustraerse a esta tentación, máxime cuando esta Peña de Aya fue la primera obra enmarcada en la ventana de su habitación. Pero ahora, Luis nos sorprende con su «Sinfonía...».

—Sí, ha sido un cambio, desde luego. La verdad es que yo no he pintado mucho; dibujar, sí, dibujar he dibujado mucho. Pero, de todas formas, sí, ha sido un cambio, sí.

Yo siempre he pintado en un estilo realista, pero 'este cuadro ha sido una evolución. Este cuadro ha sido una explosión. Sí, una explosión de colores. Hay colores. Colores pintados en un momento de amargura. Colores que significan alegría, que vencen, en definitiva, a ese negro, a ese fondo negro.

—Si...

—Creo que sobre lo negro tiene que haber color, tiene que haber alegría.

—¿Ha significado algo este cambio...?

—Sí, ha sido una experiencia, un tratar de evolucionar, de cambiar. Porque te diré que, a veces, hasta he dejado los pinceles para pintar con los dedos.

—Finalidad...

—He tratado de expresarme más a mí mismo. Que mi pintura sea más personal.

—«El payaso»...

—Entre la música que me gusta, me ha llamado siempre la atención el «Vestí la Giubba», de la ópera «Payasos» de Leoncavallo. Ríe, payaso, ríe, aunque tu alma lllore. Y es un payaso con cara de medio brujo, con una sonrisa falsa, y su cara no refleja la alegría del payaso que ha tirado un pastel. Es una mezcla de colores, por otra parte. Es un payaso que en su cabeza están bullendo una cantidad de penas y de preocupaciones, que tiene que hacer reír a la gente, porque un payaso es el tema principal del circo, tiene que dar alegría, es esa su misión. En fin, es eso, un payaso que quiere ser alegre, pero que al mismo tiempo está triste.

—¿Cuándo empezaste a pintar...?

—Yo quería pintar. Quería pintar. Y quería pintar lo que veía. Y no hay cosa más hermosa que la naturaleza. Quería pintar la naturaleza, cualquier cosa, una vieja encina, un campo florido. Era una expansión. Yo creo que a la vez estaba rezando, mientras pintaba. Era como un acercamiento a Dios.

—Y ahora...

—Ahora es hacer lo mismo, más o menos, pero bajo un punto de vista más personal, más íntimo.

—¿Es una ruptura con el pasado...?

—Es experimentar por otros caminos.

—En lo social...

—Mi preocupación por las cuestiones culturales fue lo que me llevó a desempeñar cargos en diversas asociaciones y en el Ayuntamiento. Pero esta es otra cuestión.

—Constancia...

—Para mí el pintar ha sido un placer, una forma de expresar. He pintado en todo estado de ánimo imaginable, en momentos de alegría, llorando, en momentos de enorme amargura, olvidándome de todo, hasta de comer. Me concentro, y es una satisfacción.

—Pintar hace veinte años, pintar hoy...

—En cierto sentido antes me exigía más. Me exigía más porque deseaba ser fiel a lo que mis ojos veían. Hoy pretendo ser fiel a lo que mi alma me dicta.



AURELIO GARAY: Un profesor.

Cuando tiene siete años, una pulmonía doble le pone al borde de la muerte. Desahuciado por la medicina, aquella misma noche, agobiado por la fiebre, a veces delirando, pide a su madre sus lápices de pintar y papel. Y dibuja. Plasma sobre el papel la silueta de una iglesia y un cementerio.

—Hoy Aurelio Garay continúa pintando...

—He dibujado, he pintado, también lo he hecho con acuarela..., pero como más a gusto me he expresado ha sido con el óleo. Se adapta más a mis cualidades, se puede ser, con este medio, más fiel a los detalles y a la imagen..., las sombras, las luces, en fin, todos los detalles.

—Los colores...

—Me gusta la luminosidad, los claroscuros, dar el mayor realce a la obra que estoy desarrollando. La cuestión es dar vida, huyo de los grises y de los tonos tristes. Para mí es luz lo que deseo expresar.

—Motivos...



—Me gustan los bodegones. Creo que para pintar bodegones se requiere un gusto especial, una técnica, una técnica yo creo más depurada que para el paisaje. Me gusta más pintar bodegones. No es que rehuya el expresar otros motivos..., la naturaleza es una maravilla para pintarla, el paisaje... Todo es arte, desde luego.

—Es necesario vivir la pintura...

—Sí. Si es necesario vivir la pintura. Siempre he tenido necesidad de vivir en la pintura. Cuando por circunstancias de la vida he pasado tiempos sin pintar no he sido feliz. Y a veces han sido tiempos prolongados... de hasta ocho años...

—Y Aurelio Garay hace un gesto de pesar...

—Siempre he necesitado volver a los pinceles. En la madurez es cuando uno ve claro y reconoce que lo mejor es vivir en la inclinación en que uno está vocacionado, al que está llamado. Es por eso que ahora para mí la sociedad casi no existe, mi dedicación a la pintura es fuerte y me olvido de todo lo demás. Es posible que esto sea egoísmo, no voy a decir que no.

—¿Es posible que el artista tenga que ser egoísta?...

—Sí, yo creo que sí.

—Madurez...

—He llegado a la madurez. Y pienso que ha habido pintores que han llegado a ser después de los cincuenta años. La experiencia de la vida, ver las cosas con una mayor perspectiva, dominio de la técnica. Y es desde hace un año, aproximadamente, que me he volcado con más pasión a pintar.

—Enseñar...

—Y a enseñar. En la Asociación de Fomento Cultural doy clases a chicos comprendidos entre los seis años a los catorce: dibujo infantil, preliminar. Si a los catorce años de edad veo que despuntan les pongo ya a dar colorido. Mi labor es ésta, dirigir a los niños a realizarse por una expresión realista. Es necesario marcarles una directriz. Encauzarles sobre un sendero recto para dibujar una cosa real. Porque, ahora mismo, yo creo que la pintura abstracta es precisamente porque esos señores no han tenido, para mí, para mi opinión, esa directriz de primero realizar, como Picasso, por ejemplo, que fue primero un pintor clásico, realista, muy bueno, y que después se pasó al abstracto, en fin, a lo que él vió que a la sociedad le convenía; y para mí los niños siempre



deben de tener la buena directriz para realizar el dibujo realista, clásico. Luego, que vienen tendencias, como se suele decir, nuevas olas, en fin, yo a nadie quito que cada uno tenga su tendencia, su forma de pintar, pero en principio es necesario un conocimiento de la pintura clásica, de la pintura que nunca perecerá, la universal.

—Motivo... técnica...

—Y técnica. Porque la técnica es la base. Los niños tienen sus tendencias y hay que imponerles la técnica para que luego realicen debidamente las obras.

—Proyectos... pretensiones...

—Para mí pintar es un sedante. Por otra parte uno saca lo que lleva adentro. ¡Hombre!, la mayor ilusión sería poderse dedicar exclusivamente a la pintura. Pero esto no es posible. Aparte de esto quisiera hacer para octubre una exposición en la Asociación de Fomento Cultural. Y sin mirar metas económicas desearía seguir con otras exposiciones, qué sé yo..., expresarme, expresarme, expresarme artísticamente. Con dedicación.

—Dedicación... trabajo...

—Y uno desearía un montón de cosas. Sí, desearía muchas cosas. Porque ésta es una provincia que yo creo que es privilegiada. Creo que hay un sentimiento artístico superior. No sólo en el campo de la pintura, también en la música y en otras artes. Se puede observar en los niños. Y este gusto por el arte que se observa en esta provincia es algo que está comprobado. Está ya demostrado. Es interesante por lo tanto ambientar y divulgar. Sería interesante una escuela de Bellas Artes. Porque si hay una en la capital debería haber cuatro en la provincia. Tenta que haber. Ambientar y fomentar más la cuestión artística. Sí, desde luego que se hacen ya cosas por ahí, en fin, concursos de pintura y demás. Fomentar ese espíritu artístico tan arraigado en nosotros. Porque el arte hay que vivirlo en todas sus facetas. Por ejemplo, yo pinto, pero me gusta también mucho la música. Y está muy bien esta semana musical que se ha desarrollado en Rentería. Y es que uno siente el arte en toda su extensión.



MARTA CARDENAS: Fiscal de la sociedad.

Marta Cárdenas es de San Sebastián. Sin embargo, ha instalado su estudio en Rentería y es Rentería lo que le sirve de inspiración para expresar su obra. Es esta circunstancia lo que nos sirve de base para iniciar la entrevista.

—No sé cómo Rentería ha incidido en mí. Seguramente habrá incidido, pero no sé. Desde luego que no hay una sola circunstancia que rodee a la persona que luego no se refleje en los actos de esta persona, y un pintor, que es una especie de antena que capta todo lo que le rodea, es lógico que luego refleje en sus cuadros. De todas formas yo no sabría decirte cómo Rentería ha incidido en mí. No sé.

Marta parece pensarlo un poco. Y después de un silencio...

Bueno, sí. Rentería sí que ha incidido de una manera. Hace dos años, antes de dar clases en Rentería di en Zumárraga, y es un pueblo de unas circunstancias parecidas a éste, es un pueblo fabril, su construcción es caótica, como éste, la vida es muy dura allí, aquí también, o sea, desde el punto de vista de la polución, no hay un jardín, no hay nada..., o sea, que lo que voy a decir es peyorativo...

Y brota en su rostro una sonrisa tímida, como excusándose, como no deseando continuar con el tema. Pero queremos saber más...

Entonces, en este sentido, aquel pueblo me cambió mucho la manera de ver la pintura, y éste ha vuelto a darme el mazazo. Bueno, el mazazo, no, pero, vamos, que ha influido a que yo busque, cada vez más, lo inhóspito de estas construcciones tan apiñadas, de las fábricas unas montadas encima de otras, la gente viviendo entre el humo. Esto quizá sí, quizá yo lo intente reflejar poco a poco y vaya saliendo en mis cuadros. Ahora, no has visto ninguno, en la última exposición los he vendido, pero hice cuatro o cinco cuadros que eran vistas desde mi ventana, a través de la ventana, enmarcados en las jallebas y en los listones de la ventana, o sea, divididos en trozos, en parcelas, como está la ventana siempre, y se veían unas fábricas llenas de humo, unas casas oscuras y sucias de ese mismo humo. Una, no sé, de fábricas tenía dos o tres, sólo de fábricas; se veía la Esmaltería, la Papelera, luego tenía otro cuadro de la Lanera, mezclada con casas que también se ven desde aquí delante.

Verás que tengo una vista de Rentería que a mí me parece preciosa, pero que es bastante escalofriante porque se ven todos los tejados, unos encima de otros, y tengo unos vecinos encantadores y que me quieren mucho, pero me insistían a ver por qué no pintaba la iglesia. A mí la iglesia me parece muy bonita, pero no es lo que más me atrae, lo que más me atrae es lo terrible de la construcción aquí. Me parece impresionante. Esto desde el punto de vista humano. Desde el punto de vista puramente plástico, o sea, estético, también me impresiona porque se producen unos juegos de líneas y de formas que a mí me atraen, me gustan mucho. Por ejemplo, ese dibujo, también es una vista desde aquí, que se ven una serie de tejados, de casas, todas apiñadas, y en primer plano la grúa, todo esto lo veo desde mi ventana. Y a la derecha de esta grúa hay una chimenea inmensa, aunque no se ve en el dibujo, que es la chimenea de la Lanera. Al otro lado está la Esmaltería con sus chimeneas, también, que echan el humo negro. Y esta serie de líneas forman un conjunto que, estéticamente, a mí me interesan mucho. Una serie de formas...

—Un poco caótico...

—Sí, desde luego, pero al mismo tiempo van regidas por la geometría, o sea, que no son gratuitas, que no sale así porque sí, sino que hay una belleza en la manera como se distribuyen las formas y como se interponen las líneas unas con otras. Tienen, no sé, como todo o casi todo en la naturaleza y lo que nos rodea siempre hay una especie como de equilibrio de formas que a mí me interesa mucho...

—O desequilibrio...

—Sí, sí, también. Es que es lo que es Rentería. Yo no sé quiénes serían los organizadores; bueno, no ha habido organizador, no ha habido..., el Ayuntamiento no sé en qué medida ha sacrificado la

estética y la tranquilidad de los habitantes, a cuestión de tipo económico, industrial y demás. Indudablemente Rentería es un pueblo de mucho auge bajo el punto de vista industrial y económico, y tiene una vida enorme, pero los pobres habitantes tienen que tener unos pulmones hechos cisco, los crios no toman el sol ni el aire. Menos mal que Rentería se salva porque tiene unos alrededores magníficos, que también los veo desde aquí. Veo la Peña de Aya, el casco de Arramendi, San Marcos, el Jaizkibel, en fin, es una maravilla. Y cuando llega el domingo la gente se escapa, trepa por esas laderas y ya toma el aire.

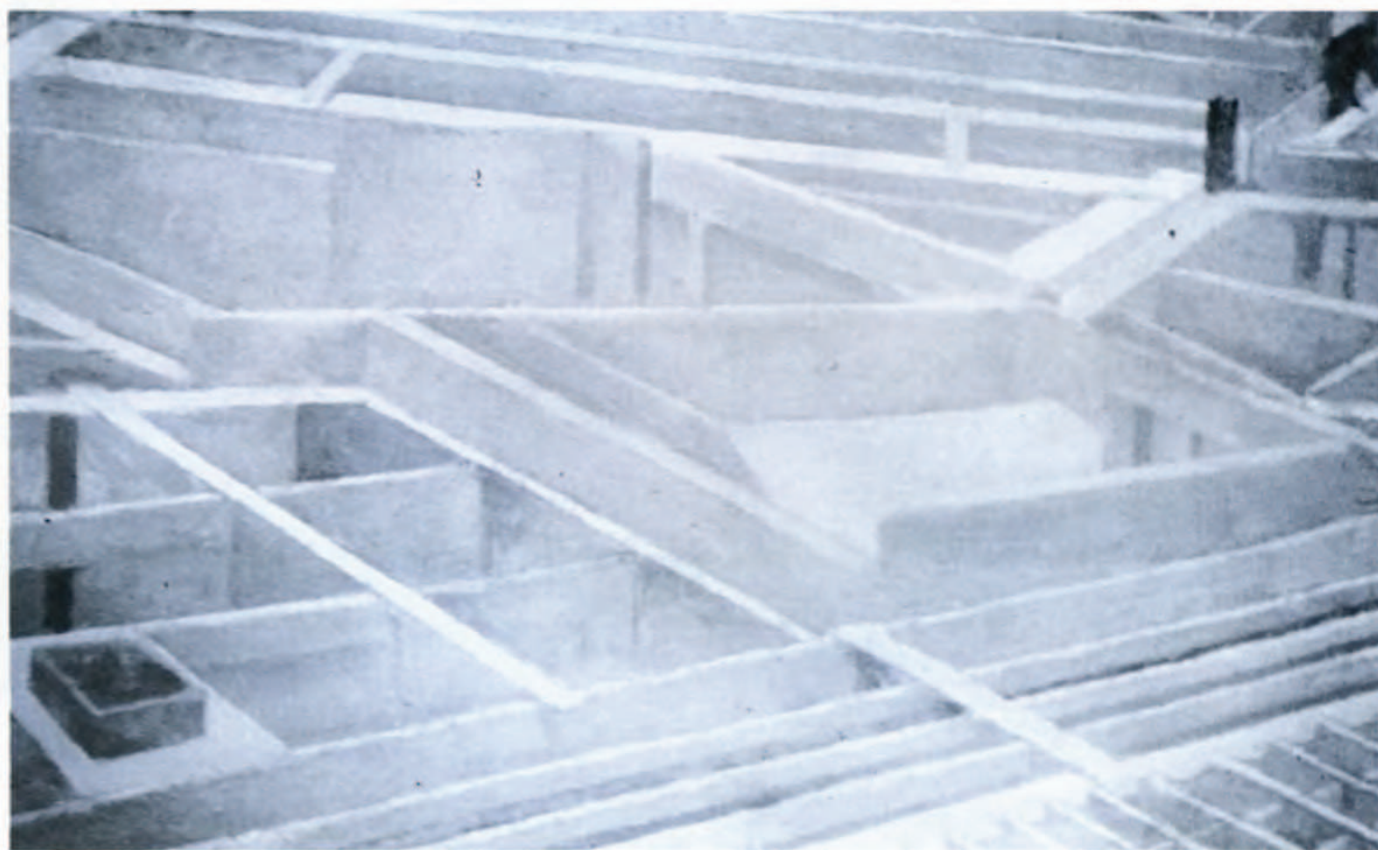
Los lienzos están por aquí y por allá, apoyados en la pared, en el suelo...

En estos dos cuadros no se ve Rentería en concreto, se ve una especie de laberinto, de vigas, tablones, cemento, en fin, el laberinto que se forma en cada obra. Esta es una construcción que tengo frente a mi ventana, que la estoy viendo a diario, que está trepando, que está creciendo a una velocidad bárbara. Se ve esta inquietud que ha sembrado Rentería en mí, de ver lo caótico que es lo que me rodea desde el punto de vista estético. Para mí el cuadro intenta ser un reflejo de estos caos, de esta desolación, y quizá por eso me atrae. Y en este otro cuadro, también. Toda persona que esté un poco familiarizada con la pintura podrá ver que a mí me interesa la composición, es decir, la división del cuadro en distintas zonas. Es para mí una constante en mi pintura, siempre, esta preocupación por las formas, por la geometría casi.

Y uno empieza a extrañarse de su extremada juventud, casi parece una adolescente, su voz, sus gestos repletos de intención, su sonrisa instantánea, libre...

Esto es un motor que lo he visto en un sitio, que, ahora te lo voy a explicar, porque estoy impresionada por ese lugar. Y esto es una serie de elementos que son casi iguales, van casi horizontales y de repente suben y luego se vuelven a poner horizontales y van todos en la misma dirección. Sin embargo, cada cual coge la curva en su momento, son como los dedos de la mano que aunque son muy parecidos cada uno es distinto y tiene la curva en un momento distinto. Y el grosor de estos tubos varía de uno a otro. Entonces se forma una composición, para mi gusto, muy interesante, aparte de que el tema es de un macabro que, como todo lo mío..., que, no sé si verás..., mira...

Ahora te voy a explicar, porque he descubierto un lugar, un sitio de desguace, y me estoy pasando el día allí, porque es un sitio siniestro donde la polución es enorme, el río huele de espanto y trae una especie de napalm negro, donde el muelle está impregnado de eso. Esto me ha impresionado mucho y he realizado estos tres dibujos y quiero hacer más. Me interesa mucho.



—Y qué más...

—Me interesa también los efectos de luz, o sea, el claroscuro. Cómo la luz incide, cómo se forman sombras, cómo, por ejemplo, aquí, cada tornillo proyecta...

—Atraída por los desperdicios...

—No es que me atraiga. Lo que pasa que el pintor, aunque no lo quiera, y yo sí lo quiero, tiene que ser un poco fiscal de lo que sucede a su alrededor. Tiene que denunciar. Y aquí, en Rentería, hay que denunciar de qué manera la industria se está comiendo a la gente, y esto se ve por todas partes. Entonces, esta fiebre de producción, que es santísima por un lado porque es fuente de riqueza, pero también es inhumana, pues está acabando con todo lo que el hombre puede gozar.

—¿Camino distinto al pintor de paisaje o bodegón?...

—Yo comprendo al pintor de paisaje o bodegón, pero no es lo mío. Y, de todas formas, quizás, yo tendría que hablar un montón de todo esto. Primero, que pienso que hoy en día el pintor tiene que plantearse una serie de temas, de problemas, que sean distintos para cada pintor, o sea, no creo que el pintor pueda decir: «Como resulta que toda la vida la pintura han sido bodegones, paisajes y retratos, yo voy a seguir haciendo bodegones, paisajes y retratos». Yo creo que eso no resulta válido. Yo creo que el pintor debe plantearse las cosas desde un punto de vista personal. El pintor tiene que llegar y, con la máxima libertad que pueda disfrutar, que es muy difícil, porque en realidad nadie tiene libertad, pues todos estamos condicionados por el ambiente en que hemos sido educados y por el ambiente en que vivimos, pero con la máxima libertad con que el pintor pueda disfrutar, plantearse el problema bajo el punto de vista personal, que es lo que me interesa, que es lo que me atrae, que es lo que verdaderamente le conmueve al pintor. Y, ante eso que le conmueve, pintar.

Yo empecé atraída no por los temas, sino por la plástica, por la composición, por la forma, por el color, nada más. Entonces, te voy a explicar un poco mi trayectoria. Yo empecé a pintar a los quince años. Había tenido una serie de problemas con mis amigas, en el colegio, y me sentía muy sola y muy triste, me sentía desgraciada, era la típica niña patosa que no tenía amigas. Y entonces me refugié en la lectura y después descubrí que había una cosa: era la pintura. Aquello me fue gustando, me fue gustando y empecé a pintar. Entonces, no tenía experiencia en el campo de la pintura, se me daba muy mal y era muy cría todavía, empecé a hacer lo que yo creía que era la pintura, me iba al monte y hacía paisajes y demás, caseríos, etc. Y no se me ocurría que podía hacer otras cosas.

Yo recuerdo cuando estaba en el colegio y que me sentía muy desgraciada, como digo, cuando empecé...

Marta vuelve a sonreír con su característica espontaneidad...

Entonces, entrábamos a las ocho de la mañana y salíamos a las ocho y media de la noche, comíamos allí y todo, era un plan absurdo, monstruoso. Entonces, yo me levantaba a las cinco o seis de la mañana y me iba con mi cartapacio al monte. Me acuerdo que eran unos cuadros de blanco y negro, casi grises, oscuros, pues a esas horas no había ni luz. Y como yo iba a los alrededores de San Sebastián, me iba por detrás de la Tabacalera, al puente de hierro, a Urgull o por Ulla, y a esas horas todo era muy oscuro, y yo creo que eso ha influido muchísimo a lo que he seguido haciendo toda mi vida.

Luego empecé la carrera de Bellas Artes, en Madrid. Y cuando venía aquí, en verano, me refugiaba en casa de mis padres, y como me empezó a aburrir lo que se hacía siempre, el paisaje y lo que hacía todo el mundo, entonces empecé a buscar temas que reuniesen las condiciones plásticas que a mí me interesaban, que hubiese un interés de color, de formas y demás. Y el tiempo me ayudó, pues empezó a llover y llover y no podía salir de casa. Y empecé a descubrir que dentro de casa había cosas interesantes. Al principio pintaba toda una habitación completa, luego fui restringiendo el interés a esquinas, a manillas, a puertas, la sombra que producía una silla en el suelo. Ya has visto que tengo cantidad de cuadros en esa línea. Y fui descubriendo que aquello tenía mucho interés plástico, puramente plástico.

Y uno continúa asombrado, cada momento más asombrado, de su juventud...

Ahora, aunque, la verdad, debo reconocer que durante mucho tiempo yo era partidaria del arte por el arte, o sea, la pintura para los pintores y de buscar una satisfacción personal en lo que yo pintaba, ahora me doy cuenta de que, por un lado, eso llega a muy poca gente, y por otro lado, yo estaba muy alejada de los problemas de la sociedad en general. Ahora me preocupa mucho más los problemas de la sociedad, aparte de que estoy en un pueblo en que los problemas son muy gordos, y aunque pienso que mi pintura, muchas veces, no va a llegar a la gente porque..., pero eso no es culpa mía, ni de la gente, es culpa de la sociedad que permite que... que el arte sea para las altas esferas de la gente más culta y demás. Y ésta es una cosa que deseo combatir a fondo, por eso me dediqué a dar clases; quería que la pintura llegase a los críos, a la gente. La enseñanza es una maravilla. Así yo veía que críos de todas las clases sociales que iban al Instituto, yo les enseñaba ciertos cuadros, les iba explicando y veían la pintura con agrado y con interés. Es cuestión de educación. Entonces, ahora, junto al interés por la plástica en sí, o sea, por la composición y el color y demás, cada vez tengo un interés mayor por los seres humanos que me rodean y por las preocupaciones y los problemas de estos seres humanos.